

UN ENFOQUE CRITICO SOBRE LOS TEXTOS ANTIGUOS DE LA CANTABRIA ROMANA

Miguel Angel Marcos García

A. M. Vigil pionero y maestro en los estudios de la Cantabria romana.

Todo trabajo histórico sobre la Antigüedad ha de tener en cuenta, en primer lugar, las fuentes literarias escritas que sobre el tema objeto de estudio nos han transmitido los autores grecolatinos. Sin embargo, dado el carácter fragmentario, reducido y corrompido de los textos antiguos y de la manipulación y tergiversación sufrida por los mismos no sólo en su origen, sino también en su transmisión posterior a través del mundo mediefal, sus datos no pueden ser considerados sin un adecuada crítica «externa», «interna» y finalmente «interpretativa», individual y colectiva de todos los textos conservados. Este es, sin duda, el principal problema de la Historia Antigua de Cantabria, pues, hasta ahora la mayoría de los autores modernos que se han ocupado del tema se han limitado a realizar una sesgada interpretación de los textos clásicos, en ocasiones incluso usando de forma escasa y parcial los datos arqueológicos, epigráficos y numismáticos, prescindiendo de las críticas «externas» e «interna» previas en cualquier trabajo de este tipo.

En este sentido, se hace necesaria una recopilación y revisión, mediante el procedimiento *lectio difficilior*, de todos los Códices y *Palimpsestos* medievales con textos latinos alusivos a Cantabria¹ y, sobre todo, una adecuada crítica «externa», en la que se analicen la intencionalidad las motivaciones, etc... que tuvieron los distintos autores para ocuparse de una región marginal como Cantabria, así como los condicionantes del momento histórico en que escribieron. Este último aspecto es el que modestamente se pretende poner de manifiesto en este trabajo, sentando las bases para estudios posteriores en los que se podrá evidenciar el carácter «chauvinista», partidista y provinciano de muchas de las interpretaciones históricas que sobre la Cantabria Antigua se han realizado.

El conjunto de textos grecolatinos estudiados, todos ellos referidos de manera directa a la Cantabria Antigua, constituyen un total de 126, siendo la inmensa mayoría de ellos, exceptuándose apenas los alusivos a las Guerras Cántabras, muy fragmentarios y breves. Por lo que su valor interpretativo a la hora de recomponer la Historia Antigua de Cantabria no sólo está mediatizado por las circunstancias que rodean al origen del texto, sino que además es muy dependiente de los datos que aportan otras fuentes

* Miguel Angel Marcos García, Dpto. de Ciencias Históricas. Area H.^a Antigua. Universidad de Cantabria. Santander. España.

1. En el Dpto. de Ciencias Históricas –Area H.^a Antigua– de la Univ. de Cantabria se está desarrollando un proyecto de estudio con nuestro concurso y el del Prof. Dr. D. José M. Iglesias Gil, en el que se están analizando todos los textos grecolatinos de Cantabria por el procedimiento de *lectio difficilior*, empleándose técnicas modernas como la ANASTASIOGRAFIA.

documentales antiguas como la Epigrafía, la Toponimia, la Numismática y, sobre todo la Arqueología. Toda esta documentación, cuyos umbrales cronológicos se sitúan entre el siglo II a.C. y el VI d.C., puede estructurarse, a nuestro entender, en cinco bloques. Estos se establecerán atendiendo a criterios cronológicos y a motivaciones y finalidades semejantes de los distintos autores de cada grupo a la hora de ocuparse del territorio y del pueblo cántabro en la Antigüedad. Así diferenciamos: 1.-*Autores anteriores a las Guerras Cántabras*; 2.-*Autores contemporáneos del emperador Augusto*; 3.-*I.ª Generación Historiográfica (I-II d.C.)*; 4.-*II.ª Generación Historiográfica (III d.C.)*; 5.-*III.ª Generación Historiográfica (IV-VI d.C.)*.

1. – Autores anteriores a las Guerras Cántabras

Con anterioridad al reinado de Augusto, el pueblo y el territorio cántabro apenas aparece mencionando en las fuentes grecolatinas a diferencia de otros pueblos del septentrión hispano, vascones o galaicos, que aparecen citados con relativa mayor profusión ².

Tan sólo dos autores anteriores a Augusto, Catón y Julio César, mencionan de forma colateral y marginal a este pueblo que en un futuro inmediato jugará un papel estelar en las fuentes grecolatinas. La cita de Catón (*Origenes*, VII), muy breve, fechada en el siglo II a.C., nos informa de la localización geográfica del río Ebro en el territorio cántabro y de su riqueza pesquera, calificándole de *pisculentus*. Pudiéndose corroborar arqueológicamente este aspecto por el instrumental pesquero hallado en yacimientos de la cabecera del Ebro, tanto en el prerromano de Celada Marlantes ³, como en el romano de Julióbriga ⁴.

Mientras que las dos citas de Julio César (*De Bello Civil*, I, 38, 3 y *De Bello Gallico*, III, 26, 6), igualmente muy breves y fechadas ambas en la segunda mitad del siglo I a.C., tan sólo nos señalan la relaciones existente entre los aquitanos y los cántabros. Extremo éste constatado arqueológicamente al menos desde la Edad del Bronce ⁵ y, sobre todo, durante la II Edad del Hierro, en la que la navegación de cabotaje a través del *Sinus Aquitanus* debió de verse acentuada, estimulada tal vez por la presencia de las armas romanas, estrechando los contactos entre ambos pueblos, como lo demuestra la semejanza tipológica del instrumental de los castros cántabros de la Cultura Miraveche-Monte Bernorio de W. Schüle, singularmente de Celada Marlantes ⁶, con la de los yacimientos aquitanos coetáneos estudiados por J. P. Mohen ⁷.

La intensa navegabilidad de este *Sinus Aquitanus* aparece constatada para épocas posteriores no sólo por las fuentes literarias (Estrabón, III, 4, 18) ⁸, (Orosio, VI, 21, 11) ⁹, sino sobre todo, por la documentación arqueológica al estar atestiguados gran cantidad de restos romanos e incluso pecios en la costa Cantábrica y Golfo de Vizcaya, concentrándose especialmente en la zona de Fuenterrabía y el Cabo Higuer ¹⁰. Lo cual,

2. En este sentido Vid. B. ESTRONES, *H.ª General de Euskalerría; época romana*, San Sebastián 1978, pp. 25-37 y pp. 91-123; A. TRANOY, *La Galice Romaine*, París 1981; C. FERNÁNDEZ OCHOA, *Asturias en la época romana*, Madrid 1982 y F. DIEGO SANTOS, *Asturias romana y visigoda*, Vitoria 1978.

3. Vid. MIGUEL ANGEL MARCOS GARCÍA, *Revisión y estudio de los materiales arqueológicos de Celada Marlantes, conservados en el Museo regional de Prehistoria y Arqueología de Santander*, Memoria de Licenciatura, Univ. de Cantabria, Santander 1985 y M. A. GARCÍA GUINEA y R. RINCÓN, *El asentamiento cántabro de Celada Marlantes*, Santander 1970.

4. M. A. MARCOS GARCÍA Y C. FERNÁNDEZ IBAÑEZ, «Los objetos metálicos de Julióbriga», *I Memoria de Excavaciones de Julióbriga 1981-85* (en prensa).

5. CH. HIGOUNET, *Histoire de L'Aquitaine*, Toulouse 1971. Capítulos II y III realizados por A. COFFYN y R. ETIENNE.

6. Vid. M. A. MARCOS GARCÍA, *op. cit.*, Santander 1985. y W. SCHULE *Die Meseta-Kulturen der Iberischel Halbinsel*, Berlín 1969.

7. Vid. J. P. MOHEN, *L'Age du fer en Aquitaine*, París 1980.

8. Aprovisionamiento de trigo desde Aquitania durante las Guerras Cántabras.

9. Augusto trajo el ejército romano desde Aquitania por vía marítima (Agrippa).

10. I. BARANDIARAN, «Notas para el estudio de la romanización de Guipúzcoa», *XII C.A.N.*, 1973, pp. 537 y ss.; M. MARTÍN BUENO y J. RODRÍGUEZ SALIS, «The Anchorage of the Cabo Higuer, (Fuenterrabía, Guipúzcoa)», *Nautical Archaeology*, IV-2, London-New York 1975, pp. 331 y ss.; J. BLÁNQUEZ, «Les difficultés de la Recherche sous-marine sur de la Côte Atlantique d'Espagne», «Hallazgos cerámicos en Fuenterrabía (Guipúzcoa)», *Sautuola*, II, Santander, 1975, pp. 375 y ss.

junto con otros datos como el comercio del hierro cántabro, los hallazgos de *terra sigillata sudgallica*, etc..., hacen presagiar la posible existencia de una ruta comercial marítima en esta zona que uniera todo el Cantábrico con *Burdigala*, y desde aquí, vía fluvial, por el Garona y la llanura del Midi, hasta *Narbomartius* con salida al Mediterráneo (Vid. Mapa adjunto).

Se documentan además una serie de referencias poéticas e historiográficas posteriores de carácter indirecto que sitúan a los cántabros como participantes, a modo de mercenarios, en una serie de acontecimientos militares especialmente destacados y cuya cronología es anterior a las Guerras Cántabras. Así, Silio Itálico (Pun., V, 639 y XVI, 46-65) nos los presenta, junto con los libios, como mercenarios en el ejército de Aníbal (III a.C.); Juvenal (*Sat.*, XV, 93-115) aliados con los vascones en la defensa de *Calagurris*, llegando al canibalismo (72 a.C.) y Appiano (*Iber.*, LXXX) aterrando con su llegada a.C. Hostilio Mancino mientras éste asediaba Numancia (137 a.C.).

Estas informaciones, por su propio carácter y el de sus autores, a nuestro juicio, responden más, como veremos más adelante, a una «mitificación» posterior a las Guerras Cántabras del pueblo que se enfrentó a Augusto que a una realidad histórica coherente.

2. — Los autores contemporáneos del emperador Augusto

Es indudable que la conquista de las Galias por César y el control de los pasos pirenaicos, así como la puesta en explotación de los ricos terrenos agrícolas del Valle del Ebro y del Norte Meseteño (territorio Vacceo), unido a los indicios de existencia de minerales en *Asturia* y *Gallaecia* y el interés de su explotación hicieran ampliamente recomendable el sometimiento de las tribus de las montañas del septentrión hispano a las que hasta ahora Roma no había prestado la menor atención. Ahora bien, ¿Era necesario que para tal cometido —teóricamente sencillo— se personara en *Hispania* el mismo emperador? ¿El enemigo era tan poderoso y el evento militar fue de tal magnitud que mereció un trato tan destacado en las fuentes grecolatinas? Estos interrogantes u otros muy semejantes hicieron «sospechar» a autores como W. Schmitthenner¹¹ que Augusto se sirvió de esto míseros pueblos norteños para, mediante una campaña «propagandística» realzar su figura y la de su nuevo sistema de gobierno. Limpiándose además, en opinión de J. Carcopino, de la mácula que representaba para él las anteriores guerras fratricidas con Bruto y Marco Antonio, las cuales por el apoyo popular de estos personajes interesaba cuanto antes hacer olvidar. Estas sospechas, lejos de ser infundadas, parecen confirmarse no sólo por la documentación arqueológica, sino, sobre todo, por el análisis del momento sociopolítico en que se enmarcan las Guerras Cántabras (29-19 a.C.). En relación con lo primero, podemos afirmar que a tenor de los datos arqueológicos obtenidos hasta la fecha, el pueblo cántabro se encuadra tipológicamente en la II Edad del Hierro (facies Gogotas II c) dentro de la denominada por W. Schüle «Cultura Miraveche-Monte Bernorio»¹², no existiendo ningún indicador arqueológico que les haga especialmente diferentes o singularmente rudos, salvajes o belicosos que sus vecinos inmediatos (Meseta, Llanada Alavesa, Valle del Ebro). Más bien al contrario, pues, los cántabros meridionales que ocupaban las fértiles cabeceras de los ríos Ebro y Pisuegra, presentaban un desarrollo cultural aparentemente mayor que otros pueblos limítrofes como los Astures¹³.

En cuanto al momento sociopolítico en que se desarrollaron las Guerras, a nadie se le escapa la trascendencia y el contenido político del año 27 a.C., en el que sutilmente

11. W. SCHMITTENNER, «Augustus spanischer Feldzug und der Kampf um den Prinzipat», *Historia*, XI, 1962, pp 43 y ss. y J. M. SOLANA, *Los cántabros y la ciudad de Julióbriga*, Santander 1981, pp 99-101 definiendo también en parte esta teoría.

12. M. A. MARCOS GARCÍA, *op. cit.*, Santander 1985. Y W. SCHULE, *op. cit.*, Berlín 1969.

13. *Idem*, *ibid.*, Santander 1985, p. 89.

Octavio asienta el golpe definitivo a la República e instaura su nueva forma de Gobierno, el Imperio. En efecto, poco antes de salir hacia *Hispania*, en la primavera o el verano del año 27 a.C.¹⁴, en enero de ese mismo año Octavio mediante una ficción política devolvía al Senado y al Pueblo todos los poderes que desde al año 31 a.C. había acumulado. Sin embargo, se reservaba para sí un *imperium proconsular* mal definido que le daba el control de las provincias fronterizas o mal pacificadas y lo que es más importante el mando sobre la mayoría del ejército, lo que significaba el dominio absoluto de la situación. Asimismo, ese mismo año era nombrado Augusto (*Sebastos*), «El Venerable», novedoso título que ocultaba su auténtico poder. En este contexto, es lógico pensar que se busque unas guerras de conquista exteriores ante un enemigo «feroz», que enmascaren su ascenso personal, al tiempo que afiancen su posición política y la de su nueva, forma de Gobierno, sirviendo además para acallar el eco de las anteriores guerras fratricidas. Incluso, el alejamiento de Roma la sirve para inventarse una justificación divina de su poder personal, cuando la mano de Júpiter Tonante, en forma de rayo, cae sobre su litera sin dañarle (Suetonio, *De Vita Caesar. : Aug.*, XXIX), que complementa la labor desarrollada por Virgilio en la *Aeneida*, remontando los ancestros de la *gens Julia* a la propia Venus. En este sentido, es especialmente significativo el dato que nos transmite Donatus, un gramático del siglo IV, quien nos presenta a Augusto escribiendo impacientemente a Virgilio en plenas Guerras Cántabras para pedirle datos sobre la *Aeneida*, lo que nos indica la importancia concedida por el emperador a este tema¹⁵.

Desde sus inicios, la revolución política de Augusto no puede considerarse, en palabras de P. Grimal¹⁶, como una toma brutal del poder, sino más bien como una conquista sutil, paulatina, en la que la «propaganda» de las nuevas ideas y de los éxitos personales de Octavio juegan un papel determinante. En ocasiones, la labor difusora de los logros de la nueva forma de gobierno es realizada por el propio emperador. Así tenemos constancia por Suetonio (*De Vita Caesar. Aug.*, LXXXV) de que escribió una biografía *De Vita Sua*, en trece libros, dedicada a Agrippa en la que incluía sus hazañas en las Guerras Cántabras, en cierto sentido a imitación de César. Esta obra, hoy perdida, sirvió de fuente en la Antigüedad a muchos autores, entre ellos al propio Suetonio y posiblemente al historiador oficial Tito Livio en su descripción de las Guerras Cántabras, también perdida, pero que sirvió de base para los textos de Floro (*Epitomae de Bello Omnium*, II, 33, 46-60) y Orosio (*Hist. advers. Paganos*, VI, 21, 1-21), lo que explica la mayor extensión y detalle que se dedica en ellos a la campaña y al ejército al mando del cual se encontraba presumiblemente el emperador. Igualmente, su testamento político grabado con posterioridad al 13 d.C. en el llamado *Monumentum Ancyranum* constituye un claro ejemplo «propagandístico», en el que sus referencias a Cantabria hacen alusión a su logro de la Paz definitiva con la creación del *Ara Pacis* (*Monum. Ancyran.*, II, 37) y a la recuperación de las enseñas militares perdidas en Cantabria por otros jefes (*Monum. Ancyran.*, V, 39) y en el que se observan, junto con su irónico respeto al Senado, un verdadero deseo de que su Dinastía perdure. Extremo éste que constituye una de las principales obsesiones de su vida y que de forma tangencial e indirecta aparece reflejado en autores contemporáneos y posteriores. Así, el poeta Crinagoras¹⁷ se deshace en alabanzas a *Marcus Claudius Marcellus*, sobrino de Augusto, glorificando su regreso a Italia, tras intervenir en las Guerras Cántabras¹⁸ el año 25 a.C., dándose

14. R. SYME, «The Conquest of North-West Spain», *Legio VII Gémina, León, 1970*, pp. 84-107. En la p. 84 da como fecha del inicio de la expedición la primavera o el verano del año 27 a.C. Si bien siguiendo a Dión Cassio, LIII, 25 señala que teóricamente Augusto marchaba a Britannia pero que al llegar al Galia y enterarse del levantamiento cántabro cambió su ruta.

15. DONATUS, *Vita Virgiliana*, Edic. Diehl., p. 16.

16. P. GRIMAL, *Le siècle d'Auguste*, París, 1974, pp. 58-91.

17. CRINAGORAS, *Anthologia Palatina*, VI, 161; IX, 283; IX, 419; XV y XXXI.

18. DIÓN CSSIO, *Hist. Rom.*, LIII, 25, 2; 5, 8 y 26, 1 constata la presencia de M. C. MARCELLUS y TIBERIO en las Guerras Cántabras.

la circunstancia de que ese mismo año contrajo matrimonio con Julia, la hija del emperador. Las predilecciones de Augusto por Marcello como su sucesor, anteponiéndole a Agrippa y Tiberio, parecen claras, como se pone de manifiesto en el hecho de que fuera enterrado en el propio Mausoleo de Augusto el 23 a.C., al tiempo que era llorado amargamente por los poetas oficiales (Virgilio, *Aeneida*, VI, 860-886 y Propercio, III, 18). Igualmente, con posterioridad, otro poeta oficial, Horacio (*Epist.*, I, 12, 26) alaba el valor de Agrippa como «domador» del cántabro el año 19 a.C., posiblemente coincidiendo con la dedicación de la biografía de Augusto *De Vita Sua* a este personaje, en un momento en que Agrippa constituía el eje de la sucesión de Augusto tras su matrimonio con Julia el año 21 a.C. Un reflejo del especial trato dedicado al yerno de Octavio lo encontramos en el texto de Dion Cassio sobre las Guerras Cántabras (*Hist. Rom.*, LIV, 11, 1-6), quien nos presenta a Agrippa adornado no sólo de todo tipo de virtudes militares, sino también de esplendidas cualidades humanas entre las que se encuentran su modestia al no dar cuenta de su éxito militar al Senado, ni siquiera aceptar el triunfo militar que se le ofrecía.

Sin embargo, la principal labor difusora o «propagandística» de la política augustea y de sus reformas políticas e incluso morales la llevó a cabo un grupo de literatos, principalmente poetas, muchos de ellos vinculados a Augusto, por su agente personal *Gaius Maecenas*, quien sufragaba todos sus gastos a cambio de que en sus obras se expresaran las consignas oficiales del nuevo orden político. Entre los escritores oficiales se encuentran los poetas Virgilio, Propercio y Horacio, el historiador Tito Livio y el etnógrafo-geógrafo Estrabón, quien en su obra se convertirá en uno de los mayores valedores de la propaganda imperial, no restando elogios a la paz y prosperidad lograda gracias a Augusto. En este sentido, no olvidemos que es precisamente el calificativo de *Pacificador* uno de los más queridos por Augusto como se deduce de su testamento político grabado en el *Monumentum Ancyranum* (II, 37) y como se refleja en las fuentes grecolatinas contemporáneas y posteriores. Así, Veleyo Paterculo (*Hist. Rom.* II, 90, 1) elogia los cincuenta años de paz conseguidos por Augusto tras su victoria en las Guerras Cántabras e incluso un autor del siglo III d.C., Ampelio (*Liber Memorialis*, XLVII, 2) lo califica antes de pacificador de cántabros que de vencedor de éstos. Ahora bien, su gloria personal ha de ser obtenida en una empresa bélica de mucha entidad, que a nuestro juicio no tenían la Guerras Cántabras, es por ello por lo que insistentemente se alude en las fuentes, de forma subliminal, a la importancia del acontecimiento. Así, Estrabón (*Geograph.*, VI, 4, 2) alabando el sometimiento de toda Iberia conseguido por Augusto señala como los acontecimientos más relevantes: la toma de Numancia, la Guerra con Viriato, la Guerra con Sertorio y, sobre todo, las Guerras Cántabras; Plutarco (*De Fort. Roman.*, 9), haciéndose eco de documentos anteriores, nos indica que el templo de Jano en Roma fue abierto durante la Guerra Cántabra por tratarse de una «guerra seria» y no de un simple sublevación; Suetonio (*De Vita Caesar.: Aug.*, XX) destaca que Augusto como militar dirigió «personalmente» dos guerras extranjeras, la de Dalmacia y la de los cántabros; asimismo Orosio (*Hist. advers. Paganos*, VI, 21, 1-11), siguiendo probablemente al historiador oficial augusteo Tito Livio, destaca al comienzo y al final de su descripción de la Guerra Cántabra la apertura y clausura de las puertas del Templo de Jano, dando con ello al acontecimiento militar una significación especial.

Igualmente, el enemigo del emperador ha de ser un digno rival de éste, de ponerlo a su altura, ensalzando su valor, fiereza, salvajismo, barbarismo, etc..., se encargará la «propaganda oficial» y, muy especialmente, el poeta Horacio.

La especial predilección de Augusto por la poesía se debe, en opinión de P. Grimal¹⁹, a que el emperador estaba convencido de que lo estéticamente bello tiende a perdurar más en el tiempo, por las imitaciones posteriores, influyendo de esta forma en

19. P. GRIMAL, *op. cit.*, París, 1974, pp. 58-91.

las generaciones venideras. Lo cual entronca perfectamente con la obsesión de Augusto de crear una dinastía, una nueva forma de Gobierno y un orden moral perdurable en el tiempo. En este sentido, Virgilio y Horacio serán los dos pilares básicos de la difusión de su obra a lo largo del tiempo. La plena dedicación del primero a la *Aeneida* y su muerte el 19 a.C. harán que sea Horacio, probablemente siguiendo las consignas de *Gaius Maecenas*, el que se encargue de la propaganda imperial de las Guerras Cántabras, considerando a Augusto en sus *Odas* como a un hombre providencial, digno de un puesto en el *Olimpo* y de la inmortalidad, por haber salvado a Roma de la anarquía, dándole la paz y siendo su segundo fundador²⁰. Así, Horacio consagrará buena parte de sus obras y, en concreto, las *Odas* a difundir las reformas morales y políticas propuestas por Octavio, en ocasiones, anticipándose al legislador como al comienzo del libro III de las *Odas*, y a alabar la personalidad del emperador. En el caso concreto de Cantabria, el poeta dedicará amplios versos de los libros II (II, 6, 1; II, 11, 1), III (III, 4, 33-36; III, 8, 21; III, 14, 1-4) y IV (IV, 5, 27; IV, 14, 41) de sus *Odas* a elaborar un arquetipo del cántabro como sinónimo de dureza, barbarie, ferocidad, salvajismo, etc... y a elogiar la personalidad de Augusto, único personaje histórico capaz de someter a semejante pueblo. Así, su carácter belicoso se hará equiparable al del *scita* (II, 11, 1) y su fiero salvajismo se ejemplificará diciendo que los concanos, una de sus tribus, se dedica a beber sangre de caballo. Ante tamaño enemigo, la figura de Augusto se acrecentará hasta el extremo de hacerse equiparable a la de Hercules como se pone de manifiesto en la *Oda a la Victoria de Augusto* (III, 14, 1-4), en la que incluso se hace correr el rumor de la muerte del emperador en la Guerra Hispana, tal vez para demostrar al pueblo romano los enormes sacrificios que Octavio está dispuesto a hacer por él. Finalmente, Horacio, en sus *Epistolas*, que han de ser entendidas como lecciones o consejos morales²¹, nos presentan en una enumeración de los acontecimientos bélicos más destacados a Agrippa ocupando el primer lugar como vencedor del cántabro (*Epist.*, I, 12, 26), lo cual a nuestro juicio debe interpretarse, como indicamos anteriormente, como un intento de elogiar al que en ese momento representaba el eje de la línea sucesoria augustea. Asimismo, en otra *Epistola*, dedicada a su amigo Lollio aconsejándole la manera en que ha de comportarse ante sus superiores, alaba su valor al soportar los *regores* del servicio en la Guerra Cantábrica en la que participó, siendo casi un niño, a la órdenes del más prestigioso de los hombres a quien el mundo romano debe sus más notables victorias (*Epist.*, I, 18, 55). El silogismo creado por Horacio Cántabro igual a valor, fiereza, salvajismo, amor a la independencia, barbarie, etc., se convertirá en un recurso poético que será utilizado ampliamente por los poetas posteriores. Así, en la segunda mitad del siglo I d.C., aparecerá en los versos de Lucano (*Phars.*, VI, 258) y a finales del siglo I d.C. en los de Silio Itálico (*Pun.*, III, 326; III, 360-361; V, 195; V, 639; IX, 231-32; X, 411-12; XVI, 46-65) incluso destacando la fiereza del concano que bebe sangre de caballo (*Pun.*, III, 360-61). Siendo posiblemente su influencia mucho mayor en obras perdidas, ya que los versos de Horacio aparecen ampliamente comentado por Pomponio Porphyrio (*Comm.*, LXI, 27; XCV, 30; CXII, 19 y CCCLIV, 3), un filósofo del siglo III cuya influencia fue bastante notable; y de forma indirecta por los *Scholia* o Comentarios a la *Pharsalia* del siglo IV d.C. (*Scholia*, V, 162).

En la exaltación del cántabro, Horacio se verá ayudado por Estrabon. Este griego, admirador de Augusto y cuya obra estaba destinada a servir a los hombres de Estado²², nos muestra un retrato robot, promovido por la propaganda oficial, de este pueblo indómito y salvaje al que se enfrenta Roma, destacando y resaltando su modo de vida bárbaro (*Geograph.*, III, 3, 7); sus costumbres salvajes como lavarse con orín (*Geograph.*, III, 4, 16); su carácter indómito, prefiriendo la muerte a la esclavitud, por lo

20. F. VILLENEUVE, *Horacie, Odes et Epodes*, París, 1981, pp. XLI-XLII.

21. F. VILLENEUVE, *Horacie, Epitres*, París, 1978, pp. 7-31.

22. G. AUJAC y F. LASSERRE, *Geographie de Strabon*, Tomo II, París, 1966, Vid. Introducción.

que las madres no dudan en matar a sus hijos prisioneros (*Geograph.*, III, 4, 17); su heroísmo al morir crucificados cantando sus himnos guerreros (*Geograph.*, III, 4, 18) e incluso no duda en inventarse una colonización espartana de Cantabria (*Geograph.*, III, 4, 3) con el fin de que el lector romano, mediante la relación con un pueblo míticamente belicoso de la Antigüedad, le sea más fácil hacerse a la idea de la ferocidad y salvajismo del enemigo con el que se enfrenta Augusto.

Sin embargo, esta supuesta profusión de detalles que sobre el pueblo cántabro nos ofrece Estrabón contrasta con sus notables imprecisiones en materia geográfica y cronológica. Así, parece evidente que no tiene una noción clara del territorio que ocupa Cantabria, no señala ninguna delimitación precisa, con la única excepción de que *Noega* constituye el límite con los Astures (*Geograph.*, III, 4, 20), y frente a ciertos intentos de concretar la ubicación de los distintos pueblos como la localización en las fuentes del Ebro de los *coniacos* y los *plentusios* (*Geograph.*, III, 3, 8) o la indicación de que el Ebro nace en el país de los cántabros (*Geograph.*, III, 4, 6); presenta notables vaguedades, generalizaciones e imprecisiones como la localización del nacimiento del Miño en territorio cántabro (*Geograph.*, III, 3, 4), la localización de los cántabros coniscos junto a los berones y al Norte de los celtíberos (*Geograph.*, III, 4, 11-12) e incluso las poco precisas alusiones a la *Cordillera Idoubea* —presumiblemente la Cordillera Ibérica—, cuyo comienzo sitúa en el territorio de los cántabros (*Geograph.*, III, 4, 10) denotando su irregular conocimiento no sólo de la geografía cántabra, sino, sobre todo, de la geografía peninsular.

En opinión de G. Aujac, la *Geographía* de Estrabón fue escrita y publicada en torno al 7 a.C., pero su autor durante veinticinco años modificó la primera redacción en función de los nuevos acontecimientos que ocurrían²³, esto permite explicar algunas aparentes incoherencias que aparecen en la obra como la presunta incorporación de cántabros al ejército romano tras la victoria de Augusto que parece deducirse de *Geographia*, III, 3, 8, cuando ésta debió producirse como muy pronto en el reinado de Tiberio, no existiendo confirmación epigráfica de la misma hasta épocas flavia²⁴.

No existe ninguna referencia de que Estrabón viajara a Iberia, por lo que todas sus referencias a Cantabria deben proceder de fuentes documentales anteriores o contemporáneas, entre las que presumiblemente se encuentran el *Comentarii de M. Vipsanius Agrippa* y, sobre todo, la *Res Gestae* del Ara *Pacis* como se deduce de la clara exaltación que hace de la *Pax* romana (*Geograph.*, III, 3, 8); y posiblemente también de testimonios orales que obtuvo en Roma de veteranos que habían intervenido en las Guerras Cántabras. Esto, en nuestra opinión, hace que tomemos con muchas reservas la información geográfica y, sobre todo, etnográfica que sobre el pueblo cántabro nos ofrece. En especial, en los referentes al famoso texto de la *Unidad Norteña* de los pueblos del septentrión hispano (*Geograph.*, III, 3, 7), que sirvió de base a J. Caro Baroja para elaborar sus teorías²⁵. A nuestro juicio, tal unidad no existe, pues, en concreto los datos arqueológicos que tenemos sobre el pueblo cántabro nos lo relacionan más con el mundo cultural del Valle del Ebro (Vid. Plinio, *Nat. Hist.*, III, 21) que con el mundo astur-galaico²⁶. Entrando en los detalles del texto, nos encontramos que aparte de resaltar todos aquellos aspectos de estos pueblos que a juicio de un grecorromano son símbolo de barbarie como beber agua, dormir en el suelo, beber cerveza, usar mantequilla, etc... nos aporta una serie de datos discutibles y otros matizables. Así, la indicación de que no conocen la moneda es, a todas luces, falsa dado que en el territorio de la antigua Cantabria ha sido encontrado bastante numerario ibérico, cuya cronología es anterior a las Guerras Cántabras, incluso en castros claramente cántabros, en donde no hay posibilidad de reutilización en época romana, como en el de Celada

23. G. AUJAC y F. LASSERRE, *Geographie de Strabon*, Tomo I, París, 1969, p. XXXI.

24. *C.I.L.*, XVI, 22; *C.I.L.*, III, D, XVI.

25. Vid. J. CARO BAROJA, *Los pueblos del Norte de España*, San Sebastian, 1978.

26. Vid. M. A. MARCOS GARCÍA, *op. cit.*, Santander, 1985, p. 115.

Marlantes, en el que aparecieron monedas de Turiaso ²⁷. Sin embargo, la afirmación de que «utilizan vasos de madera» presenta una cierta verosimilitud como la demuestran los hallazgos de este tipo de útiles en el yacimiento romano de Julióbriga ²⁸. Igualmente, la observación de que comen «pan de bellotas», también señalada por Plinio el Viejo (*Nat. Hist.*, XVI, 15) pudiera tener visos de realidad, dado que los estudios polínicos y de huellas de uso de los molinos giratorios romanos realizados en Julióbriga ²⁹ parecen atestiguar un desmesurado consumo de castañas, no de bellotas, en la zona, convertidas probablemente en harina panificable.

Otras referencias gastronómicas de Estrabón como la alabanza de los jamones cántabros (*Geograph.*, III, 4, 11-12) pudiera tener sentido al englobarse en el territorio cántabro una zona al Norte de Burgos, relativamente próxima a Villarcayo, famosa por la calidad de sus productos cárnicos.

Finalmente, Estrabón junto a la referencia de una peste de ratas que asoló Cantabria durante las Guerras Cántabras y el aprovisionamiento de trigo desde Aquitania, nos habla en el mismo texto (*Geograph.*, III, 4, 18) de un cierto «matriarcado», estudiado también por J. Caro Baroja ³⁰, al indicar que es el hombre quien entrega la dote a la mujer, que la herencia se transmite por línea femenina y que incluso son las hermanas quienes entregan el ajuar a sus hermanos cuando éstos se casan. Esta última referencia etnográfica que nos refleja un cierto «matriarcado» en la sociedad cántabra pudiera matizarse si la relacionamos con los testimonios epigráficos que no aluden al llamado «avunculado». En ellos, se observa el papel preponderante que dentro de la sociedad cántabra ostenta el *avunculus* o tío materno, bajo cuya potestad parecen estar su hermana casada e incluso posiblemente los hijos de esta, especialmente en la tribu de los vadinienses ³¹.

Por lo demás, poca información más se nos ha conservado de autores clásicos contemporáneos de Augusto, dado que las obras del historiador oficial Tito Livio que hacían referencia a Cantabria y la Guerra Cántabra se nos han perdido, conservándose tan sólo los posibles extractos de la obra de Livio, ya indicados, debidos a L. A. Floro y P. Orosio, y dos alusiones de los *Periochae* o especie de resúmenes de la obra de Livio que hicieron los epitomistas posteriores. En ellos, se recoge tan sólo una referencia a la Guerra de Augusto en Hispania el año 25 a.C. (*Priochae*, 135) y la indicación, un tanto confusa, del sometimiento de los Vacceos y Cántabros por parte del cónsul Lúculo (*Periochae*, 48). Se sabe, por otras fuentes, que este cónsul intervino en las Guerras Celtíbero-Lusitanas. Y que, en el año 151 a.C., Lúculo, posiblemente arguyendo que los cántabros y los vacceos se aliaban para saquear a los pueblos más meridionales, atacó a estos últimos, por intereses económicos personales, que con muchas reservas y atendiendo a la dudosa información de Tito Livio presumiblemente pudieron ser ayudados por los cántabros en la defensa de *Intercatia* y *Pallantia*.

Finalmente, como último documento histórico, contemporáneo de Augusto, sobre Cantabria disponemos de las *Acta Triumphalia* de los años 28 y 26 a.C., conservadas en los fragmentos del *Fasti Triumphales*, hallados en la *Regia* de Roma, que completan los de Tolentino y Urbisaglia y que posiblemente fueron redactados por Augusto el 12 a.C. en el ejercicio de sus funciones de *Pontifex Maximus*.

27. J. R. VEGA DE LA TORRE, «Numismática antigua de la provincia de Santander», *Sautuola*, III, Santander, 1982, pp. 235-270.

28. M. A. MARCOS GARCÍA, «Objetos varios de Julióbriga», *I Memoria de Excavaciones de Julióbriga. 1980-85*. (en prensa), y A. GARCÍA Y BELLIDO et alii, «Excavaciones en Julióbriga y exploraciones en Cantabria. Campañas de 1953-56», *A.E.Arq.*, XXIX-93 y 94, Madrid, 1956, pp. 131-199.

29. Idem, *ibidem*, (en prensa).

30. Vid. J. CARO BAROJA, *op. cit.*, San Sebastián, 1978, apartado del «Matriarcado».

31. Testimonios del «Avunculado» en el sociedad vadiniense: *C.I.L.*, II, 5708; 5713; 5716; 5718 y 5720. Testimonio de *Monte Cildá*: *C.I.L.*, II, 6302.

3. – I.^a Generación Historiográfica (Siglos I-II d.C.)

Para este período, se nos acumula la mayor cantidad de información documental sobre la Cantabria romana en todos sus aspectos, geográficos, médicos, gastronómicos, mineros, históricos, económicos, etc... Esto se debe por un lado a la creciente presencia romana en la zona, posiblemente motivada por la pujante actividad minera del septentrión hispano, y por otro por la abundante documentación textual conservada de las obras de dos eminentes figuras; Plinio el Viejo, en el siglo I y Suetonio, en el siglo II, quienes además por sus cargos públicos manejaron documentación oficial, lo que hace muy verosímil e interesante la información que nos transmiten.

Plinio el Viejo es, sin duda, la principal fuente para el conocimiento de la antigua Cantabria, tanto por el cúmulo de datos que aporta como por el grado de fiabilidad de los mismos. El desempeño de su cargo de *Procurator Hispania Tarraconensis* durante el reinado de Vespasiano en el año 73 d.C., le permitió manejar la documentación oficial de la provincia Hispana, parte de la cual posiblemente hacía referencia al territorio cántabro, una zona en creciente auge merced a la explotación de sus recursos mineros, cuya importancia había llegado incluso a crear en sus proximidades a la colonia de Flavióbriga³², destinada posiblemente a favorecer el desarrollo económico de la zona. En relación con esto los datos que nos ofrece sobre el eje comercial constituido por el río Ebro con su importante comercio fluvial (*Nat. Hist.*, III, 21) parecen confirmarse por vía arqueológica y numismática, como lo demuestran las estrechas relaciones tipológicas existentes, desde las etapas protohistóricas, entre los materiales arqueológicos de la cabecera del Ebro y los de los cursos medio y bajo del citado río y, sobre todo, por la abundante cantidad de numerario ibérico e hispanorromano, acuñado en cecas del Valle del Ebro, que ha sido hallado en el territorio cántabro³³. Incluso la distancia de 450.000 pasos que nos da como longitud del citado río difiere sólo unos 50 km. de la real y lo mismo ocurre con el trayecto navegable hasta Vareia (Logroño), cuya distancia próxima a los 400 Km. se aleja poco de la realidad.

Otro datos plinianos relacionables con la economía de la zona son los referentes a la extracción de minerales, sobre todo, hierro que se extrae de un alto monte junto al mar (*Nat. Hist.*, XXXIV, 148-49), posiblemente Peña Cabarga donde han aparecido restos romanos. Igualmente nos indica la obtención en el territorio cántabro de estaño y plomo (*Nat. Hist.*, XXXIV, 156-58), dato este último confirmado no sólo arqueológicamente, sino también por San Isidoro (*Etym.*, XVI, 22, 2). Todo esto relacionable, como indicamos, con la fundación de la Colonia Flavióbriga (*Nat. Hist.*, IV, 110-11), cuya localización en Castro Urdiales se ha visto facilitada por la relación existente entre el nombre prerromano de *Portus Amanun*, aportado por Plinio, y el topónimo Samano conservado actualmente en la zona³⁴. Igualmente, la referencia que nos da Plinio de que Julióbriga, único pueblo cántabro digno de mención (*Nat. Hist.*, III, 27), nace cerca de las Fuentes del Ebro (*Nat. Hist.*, III, 21) sirvió a E. Florez, junto a otros datos de índole arqueológica, para ubicar éste en la loma de Retortillo³⁵. Otra información pliniana, relacionable con la toponimia actual, es la localización de las *Fuentes Tamari-cas*, utilizadas como augurio incluso por personajes tan destacados como el *Legatus Propraetor Lartius Lacinius* quien desempeñó su cargo durante el reinado de Vespasiano (*Nat. Hist.*, XXXI, 23-4), en el Campo *Carrinense* (*Nat. Hist.*, II, 231), cuya semejanza con el topónimo palentino *Carrión* es evidente. Aspecto este último que tuvo su

32. J. M. SOLANA, *Flavióbriga (Castro Urdiales)*, Santander, 1976.

33. Vid. M. A. MARCOS GARCÍA, *op. cit.*, Santander, 1985, pp. 138-139 y J. R. VEGA DE LA TORRE, *art. cit.*, Santander, 1982, pp. 235-270.

34. Vid. J. M. SOLANA, *op. cit.*, Santander, 1976, apartado de los documentos anteriores.

35. R. TEJA y J. M. IGLESIAS, *La Cantabria de H. Florez*, Santander, 1981, Vid. Capítulo correspondiente a la localización de Julióbriga.

confirmación arqueológica en 1958 con el descubrimiento de las citadas fuentes por el Pfr. García Bellido en el lugar palentino de Valilla del Río Carrión ³⁶.

Otras informaciones de Plinio sobre Cantabria hacen referencia a aspectos gastronómicos o medicinales, como el empleo de la bellota para hacer pan (*Nat. Hist.*, XVI, 15), también señalado por Estrabón (*Geograph.*, III, 3, 7); la utilización del tejo como veneno (*Nat. Hist.*, XVI, 50), también mencionado por César (*De Bello Gall.*, VI, 31, 5) y cuyo empleo por los cántabros está atestiguado por L. A. Floro (*Epitomae De Bello Omnium*, II, 33, 49) y finalmente la utilización de la llamada «Hierba cantábrica» usada contra la picadura de serpiente (*Nat. Hist.*, XXV, 85), también mencionada anteriormente por el enciclopedista de la época de Tiberio A. Cornelio Celso (*De Medicina*, V, 27, 10), que tanta influencia tuvo en la Edad Media y en el Renacimiento. Siendo este dato, junto con la conocida referencia de Estrabón sobre la exposición de los enfermos en los caminos (*Geograph.*, III, 3, 7) y la alusión tardía (siglo V d.C.) de Cassio Félix en su obra *De Medicina* de una dermatosis llamada «*Cantabriem*», los únicos testimonios de que se dispone sobre el mundo medicinal prerromano y romano en Cantabria.

Los conocimientos gastronómicos alusivos a Cantabria se complementan con las referencias de Apicio, un famoso cocinero también de la época de Tiberio, quien en su recetario nos ha transmitido el dato del empleo de un salvado llamado «*cantabricum*» en la realización de algunas recetas como la vulva asada (*De Re Coquinaria*, VII, 1, 6) o el vientre de cerdo también asado (*De Re Coquinaria*, VII, 7, 2). Esta información, a nuestro juicio, no significa necesariamente que el mencionado producto fuera usado con anterioridad por los cántabros prerromanos e importado después por los romanos, sino, más bien, que posiblemente un determinado condimento, especialmente fuerte, recibió este nombre popular como reflejo de la fama de fuertes y salvajes que el pueblo del Norte Hispano había adquirido en la sociedad romana de la época de Tiberio.

Pero el texto especialmente polémico de la obra pliniana es el que hace alusión a la Geografía costera de Cantabria (*Nat. Hist.*, IV, 110-11), cuyos datos tradicionalmente han tratado de interpretarse; en relación con los de P. Mela, un geógrafo anterior que redactó en la época de Calígula el célebre pasaje corrupto (*Chorographia*, III, 12-15), y con los de Ptolomeo, el famoso geógrafo alexandrino que trabajó ya en el siglo II d.C.

El pasaje corrupto de P. Mela, llamado así por las múltiples variaciones del mismo existentes en las diferentes copias medievales y por lo enreversado de su descripción costera, ha sido objeto de múltiples interpretaciones por parte de J. González Echegaray ³⁷; J. Alvarez ³⁸ y J. M. González ³⁹, entre otros. Sin embargo, a nuestro juicio, dicho texto no podrá ser tenido en cuenta hasta que no se realice una adecuada *lectio difficilior* de los distintos Códices Medievales conservados, aunque no debemos olvidar que se trata de un geógrafo menor y su importancia se relativiza bastante.

Igualmente, los datos de Ptolomeo (*Geograph.*, II, 6, 3; II, 6, 6; II, VI, 7; II, 6, 16; II, 6, 20; II, 6, 50; II, 6, 64 y II, 6, 73) han sido objeto de múltiples estudios tendentes a interpretar y corregir el entrante existente en el litoral costero entre *Noega Ucesia* (Gijón-Villaviciosa) y Falvióbriga (Castro Urdiales), sin embargo, hasta la fecha no se ha logrado una interpretación satisfactoria de la ubicación de las distintas ciudades, quedando todo en meras conjeturas ⁴⁰.

Por su parte, el texto pliniano (*Nat. Hist.*, IV, 110-11) es el que más datos aprovechables aporta ⁴¹, nos da el límite con el territorio astur en la ciudad de *Noega* (Posible-

36. A. GARCÍA Y BELLIDO y A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS, *Fuentes Tamaricas, Velilla del Río Carrión (Palencia)*, Exc. Arq. de España, 29, Palencia, 1958.

37. J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, «Tribus y ciudades de Cantabria», *Altamira*, 1-3, Santander, 1949, pp. 87-103; Idem, «Nueva interpretación del texto de Mela 3, 15», *Altamira*, 1, Santander, 1951, pp. 101-110.

38. J. ALVAREZ, «Pasaje de Mela sobre Cantabria», *A. E. Arq.*, XXIII-79, Madrid, 1950, pp. 174-180.

39. J. M. GONZÁLEZ, «*Tritino Bellunte*, lección corrupta de Mela sobre los cántabros», *A. E. Arq.*, XXIX, 93-94, Madrid, 1956, pp. 200-204. Idem, «Frase final del pasaje corrupto en Mela sobre los cántabros», *A. E. Arq.*, XXX-96, Madrid, 1957, pp. 19-225.

40. Una síntesis del problema puede verse en J. M. SOLANA, *op. cit.*, Santander, 1981, pp. 168-175.

41. J. HORRENT, «Pasaje de *Plinius* sobre los puertos cántabros», *Altamira*, 1-3, Santander, 1953, pp. 142-160.

mente situada en la desembocadura del Sella), coincidiendo en ello con Estrabón (*Geograph.*, III, 4, 20), P. Mela (*Chorographia*, III, 12-15) y Ptolomeo (*Geograph.*, II, 6, 6); nos señala por vez primera el lugar exacto del nacimiento del Ebro, *Fontes Hiberus*, claramente identificable con el topónimo actual de Fontibre y nos delimita de forma genérica la ubicación de algunos puertos costeros como *Portus Blendium*, tradicionalmente indetificado con Suances; *Portus Veseiasueca* tradicionalmente identificado con San Vicente; y de algunos ríos y pueblos cántabros. Sin embargo, todos estos datos, como el especialmente polémico de la localización del *Portus Victoriae Iuliobrigensium* están pendientes de una más adecuada confirmación arqueológica. En el caso concreto del *Portus Victoriae Iuliobrigensium* existe una acolorada disputa sobre su emplazamiento en Santoña o en Santander.

Finalmente, cabe señalarse como muy positivo en la obra pliniana la precisión cronológica que se puede establecer de todos los datos recibidos, pues, Plinio comenzó a ejercer su cargo en Hispania y a redactar su obra en el año 73 d.C. y murió en el año 79 d.C., lo que localiza todos los datos en ese corto lapso de tiempo.

Como indicamos anteriormente, los poetas de este período, singularmente Silio Itálico y Lucano, se hacen eco en sus obras del «recurso poético» o arquetipo de cántabros igual a salvaje, indómito, fiero, etc..., crado por Horacio el siglo anterior.

Por lo demás, al margen de escasas referencias de autores diversos como Séneca (*Dial.*, XII, 7, 9) quien establece una equiparación etnográfica entre corsos y cántabros de dudosa significación; Flavio Josepho (*De Bellum Iud.*, II, 374) quien señala en su obra el somentimiento de lusitanos y cántabros, los más belicosos hispanos; Plutarco con alusiones a la Guerra Cántabra (*De Fort. Rom.*, 9 y 322); Tácito con referencias indirectas a la situación del ejército hispano después de la Guerra Cántabra (*Ann.*, I, 3, 4 y *Ann.*, IV, 5, 1) o la obra de L. A. Floro, que versará sobre las Guerras Cántabras; la figura clave del período es Suetonio.

La obra de Suetonio, si la depuramos de las anécdotas que gustan a su autor, es excepcionalmente interesante por dos razones, primero por el cargo de secretario *Ab epistulis* que probablemente desempeñó entre el 119 y el 122 d.C. (Spartiano, *Hadr.*, 11, 3 y Plinio el Joven, *Epist.*, II, 9, 4) y que le daba acceso a los archivos imperiales donde se guardaba toda la documentación de los emperadores, la mayoría de la cual se ha perdido. Y segundo, porque gracias a Plinio el Joven, amigo personal de Suetonio, sabemos que éste se destacaba por su trabajo especialmente meticuloso y concienzudo (Plinio el Joven, *Epist.*, V, 10), lo que hace que los datos que nos aporta tengan un alto grado de fiabilidad e interés.

En lo referente a Cantabria, son sigularmente interesantes todas las referencias que nos aporta de Augusto, pues, todo parece indicar que utilizó la Autobiografía de Augusto hoy perdida. Por lo que de esta forma obtenemos una información indirecta de la visión que Augusto quiso dar de los acontecimientos hispanos en los que participó.

Asimismo, es especialmente interesante la referncia que hace en la vida de Galba (*De vita Caesar.: Galba*, VIII) a la caída de un rayo en un lago de Cantabria que sirvió para indicar al futuro emperador su inminente ascenso al poder. Tal vez, Galba se sirvió de la tradición instaurada por Augusto de que Júpiter Tonante se manifestaba en Cantabria en forma de rayo (*De Vita Caesar.: Augusto*, XXIX y XC) señalando a sus elegidos, para justificar por medio de esta «elección divina» su extraño ascenso al poder.

Finalmente, tan sólo no queda señalar para este período las informaciones castrenses transmitidas por Flavio Arriano e Hyginio. El primero (*Tactica*, XL., 1, 12) nos informa de un táctica de combate de la caballería romana denominada *Kantabriké* y que fue incorporada a la misma tras su intervención en las Guerras Cántabras, también documentada epigráficamente por una *adlocutio* de Adriano ⁴². Mientras que el segundo nos señala la presencia de tropas auxiliares cántabras en el ejército romano (*De Munit. castr.*, XXIX).

42. C.I.L., VIII, 2532.

4. – II.^a Generación Historiográfica (siglo III).

Para este período las fuentes se reducen notablemente, no olvidemos que nos encontramos en una época de crisis, en la que la cultura clásica, en un sentido estricto de la palabra, empieza ya a perder su brillo anterior. Así, las alusiones a Cantabria son, si exceptuamos la obra de Dión Cassio, un mero reflejo de la riqueza anterior, no aportando ningún dato nuevo, reduciéndose a escuetas citas sin ningún interés. Entre ellas, caben mencionarse los comentarios de la obra de Horacio realizados por Pomponio Porphyrio (*Comm.*, LXI, 27; XCV, 30; CXII, 19; CCCLIV, 3) en los que perdura la visión mítica del pueblo cántabro realizada por Horacio; el libro escolar de Ampelio, muy escueto y de carácter enciclopédico que se limita a señalarnos que Augusto pacificó a los cántabros (*Liber Memorialis*, XLVII, 2) y las confusas alusiones de Tertuliano (*Ad Nat.*, I, 12; *Apol.*, XVI) y Minucio Félix (*Oct.*, XXIX, 7) que no hablan de la existencia entre los cántabros de un estandarte en forma de cruz, también señalado posteriormente por Teodosio (*Codex Theodosianus*, XIV, 72) y que hará que las mentes «calenturrientas» de los tratadistas de los siglos XVI, XVII e incluso XVIII afirmen que ya los cántabros adoraban la cruz de Cristo, 1500 años antes del nacimiento de Este.

Sin embargo, en este ensombrecido panorama sobresale por méritos propios la obra historiográfica de Dión Cassio, que en el caso concreto de Cantabria nos aporta la más completa descripción de las Guerras Cántabras y de la política inmediatamente posterior a las mismas de Augusto en Hispania. La sólida formación recibida por este acuadado grecorromano y su tesón en consultar todas las fuentes antiguas conservadas durante un período de diez años (*Hist. Rom.*, LXXII, 23, 5) con el fin de redactar un Historia de Roma desde los orígenes hasta el 229 d.C., en una tarea de doce años (*Hist. Rom.*, LXXII, 23, 5), hará que su obra sea de una calidad meritoria. En el caso específico de Cantabria, su información sobre las Guerras Cántabras (*Hist. Rom.*, LI, 20, 5; LIII, 22, 5; LIII, 23, 2; LIII, 25, 2 a 26, 1; LIII, 29, 1-2; LIV, 5, 1-3; LIV, 11, 1-6; LIV, 20, 2; LIV, 23, 7; LIV, 25 y LVI, 43, 3), fundamentada probablemente no sólo en Tito Livio, sino en las fuentes utilizadas por éste, constituye junto al trabajo epitomista de Floro (*Epitomae De Bello Omnium*, II, 33, 46 y II, 33, 49-50) y el texto de P. Orosio (*Hist. advers. Paganos*, VI, 21, 1-11; VI, 21, 21), ambos considerados meros resúmenes de la obra de Tito Livio, el armazón básico para el conocimiento de este acontecimiento bélico al que hay que unir las escasas referencias directas de Estrabón (*Geograph.*, III, 4, 17-18) y Suetonio (*De Vita Caesar.: Aug.*, XXVI, XXIX, LXXXI, LXXXV, XC; *De Vita Caesar.: Tiberio*, IX) y los indirectos de Tácito (*Ann.*, I, 3-4 y IV, 5, 1).

Pero, sin duda, la fuente básica, a pesar de su cronología tardía, es la de Dión Cassio, superando a las otras fuentes por utilizar el método de la Analística romana, esto es, narra los acontecimientos año por año; por diferenciar claramente a los cántabros y astures según su participación en los acontecimientos militares y por recoger los enfrentamientos ocurridos entre los años 29 y 27 a.C. que no aparecen en las demás fuentes. Sin embargo, presenta como principal problema la ausencia casi absoluta de dato geográficos, prácticamente el único topónimo es el de la ciudad astur de Lancia (*Hist. Rom.*, LIII, 25, 5-8). Es por ello, por lo que los textos de Floro y Orosio, muy semejantes, pero con ciertas diferencias significativas, son los que han utilizado los diferentes autores modernos a la hora de realizar las distintas interpretaciones de la Guerra, tendentes, sobre todo, a recomponer el escenario de la misma.

Otros aspectos destacables de la obra de Dión Cassio son los referentes a los militares romanos que intervinieron en las Guerras, recogiendo además, como vimos anteriormente, aspectos de la propaganda imperial promovida por Augusto, que demuestra la utilización de fuentes antiguas u obras historiográficas que recogían este particular. Siendo especialmente significativa también la información que nos aporta sobre la reorganización de Hispania al terminar las Guerras, promovida por Octavio (*Hist. Rom.*, LIV, 25), con la fundación de colonias para los veteranos (*Hist. Rom.*, LIV, 23, 7),

entre las que se encontraba la colonia *Emerita Augusta* (*Hist. Rom.*, LIII, 25, 9). Extremo éste que está confirmado numismáticamente por la amonedaciones en plata realizadas en Mérida por P. Carisio para pagar a los veteranos, en cuyo reverso aparecen las armas de los cántabros y astures.

5. – III.^a Generación Historiográfica (siglo IV-VI d.C.)

En este apartado, incluimos algunos textos de época visigoda como los de P. Orosio, Venancio Fortunato e Hydacio, entre otros, por considerar que éstos se encuentran más relacionados con el período romano que con el posterior, complementando incluso algunas fuentes tardorromanas como la *Notitia Dignitatum*.

La información que sobre el pueblo cántabro nos aportan los textos grecolatinos cada vez se degrada más, ya en esta época, si exceptuamos la *Notitia Dignitatum* y las escasas referencias contemporáneas, no podemos hablar de fuentes en un sentido estricto, pues, los datos que nos dan los textos de los siglos IV, V y primera mitad del VI son meras recopilaciones que no hacen más que repetir y, en ocasiones, tergiversar las informaciones anteriores. Las alusiones a Cantabria en estos momentos serán siempre marginales, ya como simple recuerdo de acontecimientos pasados como en el caso de Donatus (*Vitae Virgilianae*); San Jerónimo (*Chron. Ad Ann.*, 1907-19 a.C.); Cassiodoro (*Chron. Ad Ann.*, 730-24 a.C.) o Jordanes, un simple imitador y epitomista del cónsul Cassiodoro (*Rom.*, 212 y *Rom.*, 249) siempre señalando de forma lineal el monótono recuerdo de las Guerras Cántabras augústeas. Ya, como en el caso del poeta y obispo Venancio Fortunato que a la hora de indicar los más remotos pueblos, situados en los confines del Imperio, en donde apenas llega la fama del Emperador Justino II cita a vascones y cántabros (*Carmen*, II, 2. 30 y *Carmen*, X, 19, 11).

Igualmente tenemos algunos textos de esta época de carácter geográfico que posiblemente tendrán una gran influencia en el mundo medieval como el de *M. I. Iunianus Iustinus* (*Epit. Hist.*, XLIV, 1) quien establece una equivalencia entre los Pirineos y la Cordillera Cantábrica o el de Julio Honorio (*Geograph.*, XXI) quien nos señala que el Ebro nace entre los astures en los Pirineos, lo cual es un craso error de este Pfr. de retórica que plagia a *Vibio Sequester* y Orosio. Estos textos y otros similares como el de Orosio (*Hist. advers. Paganos*, I, 2, 73) que señala que la Cordillera Pirenaica termina en el territorio Cántabro-astur contribuirán de manera notable a los errores geográficos medievales.

Por lo demás, con la excepción de la *Notitia Dignitatum* y la obra de Hydacio, que luego comentaremos, los datos del período se reducen a unas insulsas y vacías referencias de *Laterculo Veronensis* (*De Nominibus provincianum omnium*, XIV, 6-11); a los *Scholia* o comentarios de Lucano (*Scholia*, V, 162), a los versos de *Claudius Claudianus* alusivos al Oceano Cántabro manchado de sangre astur (*Laus Serenae*, 71, 82) y, sobre todo, a la obra historiográfica de Orosio, que es un claro ejemplo de manipulación y tendenciosidad histórica. En la que este sacerdote español, imbuido de las ideas agustinianas, pretende siguiendo las corrientes apologéticas demostrar las desgracias de los siglos anteriores a Cristo en oposición a la felicidad de los tiempos cristianos⁴³. Para ello dedica los seis primeros libros de su obra *Historia adversus Paganos* a narrar los nefastos acontecimientos anteriores a Cristo, estando tan sólo el séptimo dedicado a cantar las excelencias de la era cristiana. Nos encontramos, pues, con que las referencias de Augusto y a la Guerra Cántabra que afectan a nuestro estudio se encuentran localizadas al final del libro VI, esto es, en el punto visagra o gozne que cierra la época pagana y abre la cristiana con el nacimiento de Cristo. Es por ello, por lo que, a nuestro juicio, la figura de Augusto es tratada con cierta benevolencia, al retomar Orosio la visión de Horacio y Tito Livio que presenta al emperador como a un hombre

43. E. SÁNCHEZ SALOR, *Historias de Orosio*, Madrid, 1982. pp. 19 y ss.

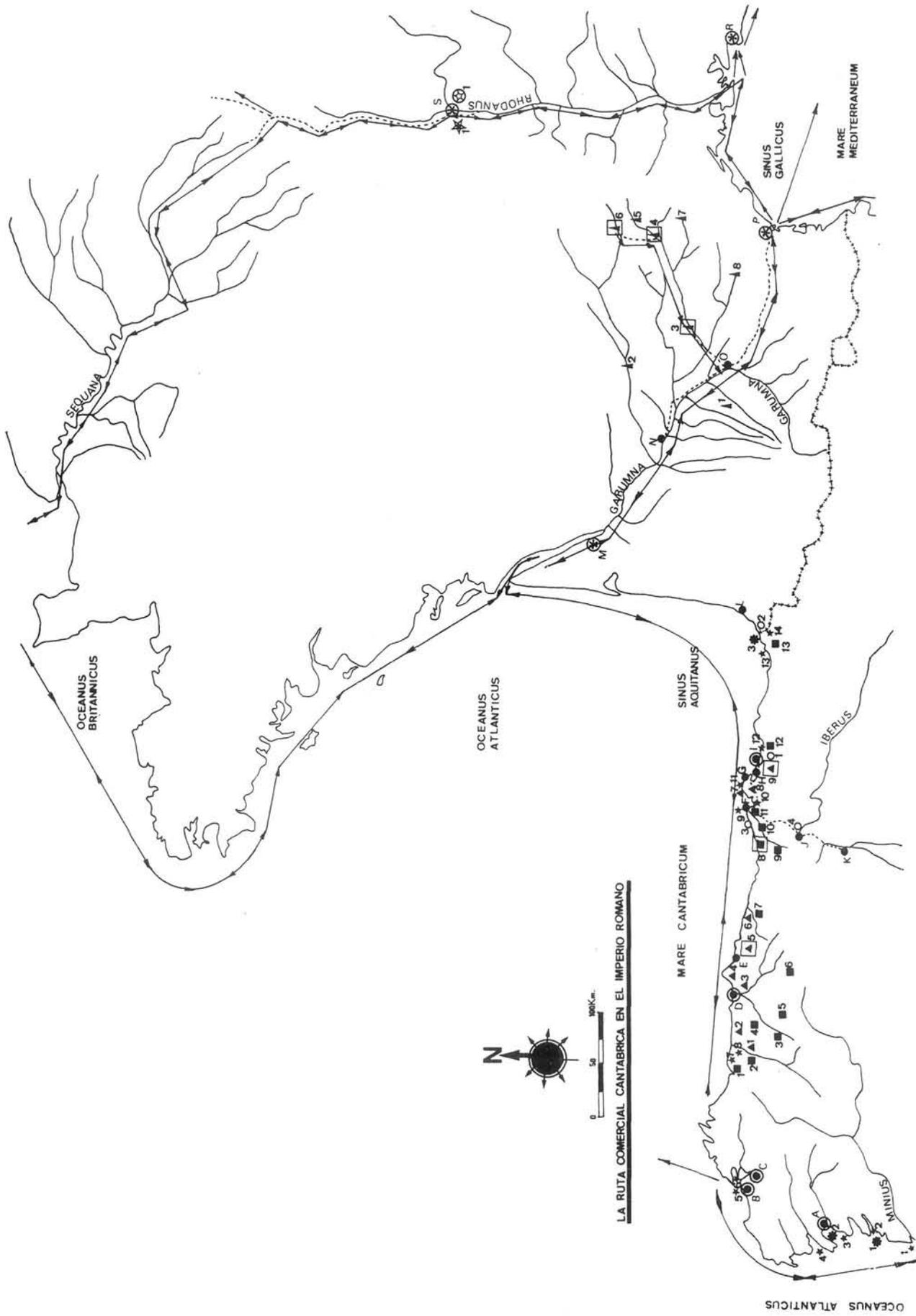
providencial. El reinado de Augusto es fundamental para la Historia de la Humanidad por ser el de la venida de Cristo y Octavio será un ser elegido, encargado de lograr la *Pax* en la tierra que facilite la llegada del Salvador. Así, nos señala la coincidencia del nombramiento de «Augusto» concedido a Octavio el 6 de enero con la fecha que poco después será la Epifanía del Señor (*Hist. advers. Paganos*, VI, 20, 1-4). Igualmente, nos califica de loables sus victorias sobre cántabros, astures y otros durísimos pueblos de Hispania (*Hist. advers. Paganos*, VI, 21, 1), al tiempo que nos señala que la responsabilidad de la Guerra Cantábrica la asumió él personalmente, haciéndole equiparable nada menos que a Alejandro Magno (*Hist. advers. Paganos*, VI, 21, 12-22) y que nos alaba la paz de que gozaron todas las tierras del Orbe gracias a la felicidad de Augusto (*Hist. advers. Paganos*, VI, 22, 1-5) con el consiguiente nacimiento de Cristo que fue la causa de que el emperador obtuviera un Imperio de Paz (*Hist. advers. Paganos*, VI, 22, 9-11).

Ahora bien, los datos históricos más aprovechables nos los aporta la *Notitia Dignitatum*, que a pesar de ser una copia de mediados del siglo XVI de un manuscrito original perdido que existía en Speir, ha demostrado su validez histórica en el caso concreto de Cantabria para conocer el desplazamiento de las tropas por el Norte Hispano a finales del siglo IV d.C. Esto se ha puesto de manifiesto merced a los trabajos arqueológicos de J. M. Caamaño en el campamento romano de Cidadela (Sobrado dos Monxes-Coruña)⁴⁴, en el que se hallaron testimonios alusivos a la *Cohors I Celtiberorum* que demuestran la presencia de este destacamento militar en la zona (*Brigantia*) hasta comienzos del siglo IV, en el que se constata un abandono del mismo, lo que concuerda con los datos aportados por la *Notitia Dignitatum* (XLII, 30), en que nos señala para este período el traslado del citado cuerpo de *Brigantia* a *Julióbriga*. En este sentido, A. Barbero y M. Vigil⁴⁵ interpretan este desplazamiento de tropas como un reajuste militar del Norte Hispano tendente a conformar un *limes* que controle a los levantiscos pueblos del septentrión hispano, singularmente vascones y cántabros. Sin embargo, J. Arce⁴⁶ rechaza esta teoría y señala que la explicación de los movimientos de tropas debe basarse prioritariamente en los datos aportados por el propio documento. Lo que le lleva a afirmar, basándose en el contexto documental que rodea a la cita XLII, 30 de la *Notitia*, que éste desplazamiento de tropas responde a un intento de defensa marítima en retaguardia y de defensa fluvial, incluso de «*policia*» destinadas a frenar la posible penetración de piratas desde la costa hacia el interior, no encontrándose por ello ninguno de los destacamentos militares a una distancia superior a los 100 Km. del Mar Cantábrico. Todo parece indicar que durante el siglo IV el mar Cantábrico y el Océano Atlántico han dejado de ser un «*pacífico lago romano*», su comercio se verá dificultado y sus costas sufrirán posiblemente saqueos desoladores por parte de los piratas, extremo éste que para mediados del siglo V d.C. será confirmado por los testimonios de Hydacio (*Chron. Min. saec. II*, p. 28, 171 y 33, 229) y Sidón Apolinar (*Epist.*, VIII, 6 a *Namatius*).

44. J. M. CAAMAÑO GESTO, «Aportaciones al estudio de la *Cohors I Celtiberorum*: una inscripción militar hallada en el campamento de Cidadela (Sobrado dos Monxes-La Coruña)», *Brigantium*, 4, La Coruña, 1983, pp. 61-71 y Idem, «Excavaciones en el campamento romano de Cidadela (Sobrado dos Monxes-La Coruña)-1981», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18, Madrid, 1984, pp. 235-254.

45. A. BARBERO y M. VIGIL, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona, 1974, pp. 13 y ss.

46. J. ARCE, *El último siglo de la España romana: 284-409*, Madrid, 1982, pp. 63-72.



-Puertos y asentamientos romanos relacionados con la ruta.

- -Asentamientos romanos.
- ⊙ -Fundaciones Flavias.
- ⊗ -Principales núcleos comerciales e industriales romanos.
- ⊕ -Isla Flavia.
- ⊖ -Flavia Larvis.
- ⊗ -Flavium Brigantium.
- ⊕ -Flaviana (7)
- ⊖ -Clujon.
- ⊗ -Portus Victoriae Tuliodrigensium. (7)
- ⊕ -Santona.
- ⊖ -Portus Blendium. (7)
- ⊗ -Flavobriga.
- ⊕ -Julidoriga.
- ⊖ -Pisoraca.
- ⊗ -Laguarda.
- ⊕ -Surdigala.
- ⊖ -Agintum.
- ⊗ -Tolosa.
- ⊕ -Narbo Harilius.
- ⊖ -Hassilla.
- ⊗ -Lugdunum.

■ -Principales núcleos mineros y yacimientos no auríferos ni argentíferos del Cantábrico, con indicios de haber sido explotados en la Antigüedad.

- 1.-Minas de estaño (?) y yacimientos de hierro en la cuenca del Río Forcia.
- 2.-Yacimientos de hierro (Pirita) (?) de Covas de Andina (Araucó, El Franco).
- 3.-Yacimientos de hierro de Pola de Allande.
- 4.-Yacimientos de hierro de Tino.
- 5.-Yacimientos de hierro de la Brucía y de cobre de Bogaña.
- 6.-Minas de cobre de Nello y Riempaso.

○ -Hallazgos diversos de especial interés con la ruta cantábrica.

- 1.-Répulo en bronce y patena en plata de Flavobriga y Ocares.
- 2.-Répulo en bronce de Harina (?) en Cabo Ilguera.
- 3.-Répulo en bronce de procedencia Atlántica (Santander).
- 4.-Mortillos en hierro de procedencia Atlántica (Julidoriga).

NOTA: Por falta de espacio no hemos incluido en este mapa hallazgos significativos, como monedas y objetos romanos de las minas, que, sin embargo, se explicarán en el apartado correspondiente del trabajo.

- 7.-Minas de cobre del Milagro y Casuelo.
 - 8.-Cercuñuñu: mina romana de plomo de San Bartolomé de Ullán, minas de zinc de Canillas; minas de hierro de Ralochada y Nana.
 - 9.-Minas de sal de Cabezón.
 - 10.-Minas de hierro, plomo y zinc de Rocín y Mercadaí.
 - 11.-Minas de hierro de Peñacabarga, Olegón, Cabarceno, Pánuos y Navajeda.
 - 12.-Minas de hierro de Dicedo, Basinos y Somorcastro.
 - 13.-Minas de hierro de Oyarzun.
- NOTA: Los símbolos recuadrados indican una abundancia de lo representado. P. e. ■ - Principales núcleos de actividad manufacturera relacionados con la ruta.

- 1.-Talleres de terra sigillata relacionados con la ruta. (TERRA SIGILLATA SUBO-LICIA).
- 1.-Galice.
 - 2.-Carriade.
 - 3.-Montans.
 - 4.-Graufesenqu.
 - 5.-Le Rozier.
 - 6.-Bannasac.
 - 7.-Aspican.
 - 8.-Bran.

- ⊙ 1.-Taller de manufactura metálica de Lugdunum.
- ⊕ 1.-Taller vidriero de Lugdunum.

-Principales hallazgos arqueológicos.

- -Recios hundidos.
- ⊙ 1.-Recio de Vigo.
- ⊙ 2.-Recio de Cortegada, Vilagarcía.
- ⊙ 3.-Recio de Puentebarria o Cabo Ilguera.

- * -Hallazgos cerámicos (ánforas y terra sigillata) y vidrios galorromanos.
- * 1.-Desembocadura del Miño (ánforas).
- * 2.-Darsena de Vigo (ánforas).
- * 3.-Torre de Oeste, Castoria (ánforas).
- * 4.-Castro Barña, Son (ánforas).
- * 5.-Castro Meiras, Sada (ánforas).
- * 6.-Segazos, Pontedeume (ánforas).
- * 7.-Castro de Meñas (terra sigillata sudgálica).
- * 8.-Castro de Coaña (terra sigillata sudgálica).
- * 9.-Baña de Santander (ánforas).
- * 10.-Santander (Portus Victoriae ?), (terra sigillata).
- * 11.-Santona (terra sigillata sudgálica, vidrios galorromanos).
- * 12.-Flavobriga (terra sigillata sudgálica, vidrios galorromanos).
- * 13.-Baña de la Concha, San Sebastián (ánfora).
- * 14.-Irún (terra sigillata sudgálica).

- ▲ -Hallazgos numismáticos.
- ▲ 1.-Castro de Coaña (República, Hispano, I y III d. C.).
- ▲ 2.-Cuaca (Siglo IV d. C.).
- ▲ 3.-Castro deña Palla (República, I, II y III d. C.).
- ▲ 4.-Baños (II d. C.).
- ▲ 5.-Campo Valdés, Gijón (I a IV d. C.).
- ▲ 6.-Fornillo, Ribadesella (IV d. C.).
- ▲ 7.-Baña de Santander (IV d. C.) y Portus Victoriae ? (I-II d. C.).
- ▲ 8.-Santona (Siglo III d. C.).
- ▲ 9.-Flavobriga (I-IV d. C.).